

Instalaciones hoteleras en la Sevilla de la Exposición Iberoamericana. Su impacto sobre el turismo urbano y la ciudad.

Guido Cimadomo, Eduardo Jiménez-Morales

Dpto. Arte y Arquitectura, Universidad de Málaga, España

Introducción.

A finales del siglo XIX, el espacio turístico de la ciudad de Sevilla se circunscribía al entorno de la Catedral y el Alcázar como recursos principales. A los que se les añaden otros atractivos turísticos como el Hospital de la Caridad, la Casa de Pilatos o el Palacio de Dueñas. La red de alojamientos también se emplazó desde la época romántica en las proximidades de este conjunto histórico. Un total de «(...) 35 mesones, 9 fondas sin hospedaje, 4 fondas (...) y 56 casas de pupilos» (Villar Lama, 2017: 295) que no llegaban a cubrir las expectativas de los viajeros extranjeros a comienzos del siglo XX. La comodidad, el lujo, el estilo de vida o la higiene son algunas de sus muchas aspiraciones y ninguna de ellas solían satisfacerse en las fondas sevillanas de la época, y tanto menos en la ciudad que sufría carencias en las redes de saneamiento y abastecimiento, en el cuidado de parques y monumentos, así como en las vías públicas. Hubo sin embargo excepciones, como la fonda de Madrid, la más antigua y más prestigiosa con 200 habitaciones y sala de baños. Además había varios establecimientos en plaza Nueva - los Hoteles Inglaterra (1857), Cecil, Oriente, La Gaditana, la Iberia y Royal - o en sus inmediaciones - Florida, Gran Vía, Italia, La Esperanza, Victoria, León D'Or y Suiza Moderna (Diario de Sevilla, 2007; Salas, 2004).

No obstante, estos hoteles de época, que utilizaban referencias europeas en sus nombres para transmitir profesionalidad en los servicios que ofrecían, nada tenía que ver con la hotelería que se había desarrollado en Europa desde 1880. Sobre todo en la Costa Azul francesa, que estaba dominada entonces por el modelo arquitectónico del Palace Hotel tan característico de la Belle Époque (Toulier, 1993) y arquetipo del hotel de lujo en el siglo XX además de símbolo de la élite social europea (Saudan, Blanc y Saudan, 1985).

El Hotel Negresco en Niza, de 1913; también el Hotel Eden Roc en el Cap

d'Antibes o el Carlton Hotel en Cannes de 1911, fueron grandes ejemplos que no tardaron en replicarse en los destinos turísticos más importantes del continente. Principalmente porque su sola presencia conllevaba el éxito turístico tras convertirse en un atractivo en sí mismo al asegurar estándares de calidad para la burguesía. Sin olvidar la función que desempeñaban como referentes arquitectónicos, especialmente para otras formas de habitación colectiva que surgían después de esta acreditación, o como catalizadores del desarrollo y la revalorización urbana. No obstante, Sevilla tuvo que esperar a la Exposición Ibero-Americana de 1929 para promover una planta hotelera de calidad, capaz de impulsar alguna de estas dinámicas en la ciudad.

La articulación de la ciudad del '29.

A comienzos del siglo XX, el urbanismo sevillano no hacía más que evidenciar la posición periférica que mantenía la ciudad con respecto al proceso de industrialización que caracterizó al resto de capitales europeas en el siglo XIX. De hecho, su crecimiento apenas se había extendido más allá del límite de sus murallas y arrabales históricos, y, en consecuencia, no necesitó la planificación de un ensanche para ocupar los suelos aledaños. Pero en un contexto de congestión urbana y de insalubridad, la Exposición supuso la oportunidad de planificar el crecimiento de la ciudad y resolver así de una vez, y de manera racional, su desarrollo futuro y el de sus posibles transformaciones urbanísticas.

La exposición Ibero-Americana, inicialmente pensada para 1914, nació bajo el impulso personal del empresario y comandante de artillería Luís Rodríguez Caso con la finalidad de modernizar la ciudad y aprovechar el prestigio de su celebración para dinamizar su industria. El incremento del turismo también fue considerado como un factor positivo, que daría resultados a más largo plazo. Por lo tanto, las reformas urbanas, los ensanches y proyectos de infraestructuras fueron prioritarios para desarrollar el evento. Tanto fue así que los contactos con países invitados, necesarios para organizarlo, fueron dejados al margen hasta la última fase previa a la celebración del certamen. Lo que incluyó a la definición del ámbito de la Exposición, que se prorrogó en el tiempo.

Finalmente, el comité ejecutivo dejó claro su emplazamiento, hacia el sur de la ciudad, ocupando el Parque de María Luisa, el Huerto de Mariana, los Jardines de Cristina, los de las Delicias y parte de los jardines de San Telmo, para pronto añadir más terrenos, próximos a la corta del canal de Alfonso XIII. Una decisión marcada por las limitaciones originadas por el trazado ferroviario y el río (Trillo de Leyva, 1980:52), así como por su cercanía al centro político y comercial de Sevilla, ubicado entre calle Campana y Plaza de la Constitución y al Prado, lugar de celebración de la Feria de Abril.

Esta decisión, no exenta de polémica por las plusvalías que aportaba a los propietarios de los terrenos de este sector, marcó el futuro desarrollo del ensanche de la ciudad y de la Exposición, que siguió ampliando el recinto originalmente propuesto en esta dirección, en función del incremento de necesidades del programa. Así, tanto el plan director de Aníbal González y de Álvarez-Ossorio que ganó el primer concurso de 1911, como los siguientes planos que se redactaron hasta ser relevado en 1926 por Vicente Traver, dilataron el proceso de construcción, dotando sin embargo al conjunto de edificios emblemáticos para las dotaciones de la ciudad post-evento.

Los Palace Hotels en la Sevilla de la Exposición.

El río Guadalquivir y el antiguo camino al municipio de Dos Hermanas fueron los ejes sobre los cuales se diseñó la nueva ciudad, estructurando todo el recinto expositivo a través de la Avenida Reina Victoria. Por su parte, y siguiendo las directrices del Plan General de Reformas de 1895, la rehabilitación y el saneamiento de la ciudad vieja impulsó el ensanche de las calles Martín Villa, Laraña, Imagen o San Pablo, y sobre todo la progresiva apertura de la Avenida de la Constitución a partir de 1911 (Villár Movellán, 1979). Esta última enlazó la ciudad vieja con la nueva, descentralizando el espacio turístico al tiempo que relacionaba hitos urbanos como la Catedral o la Plaza Nueva, con la Puerta de Jerez y el recinto de la Exposición. El eje Puerta de Jerez – Calle San Fernando – Prado de San Sebastián adquirió entonces un significado importante en cuanto bisagra entre la ciudad histórica y la nueva ampliación.

La importancia de estas reformas urbanas para el éxito del evento quedó reflejada en la participación del Gobierno, que mediante el Comité Ejecutivo de la Exposición reclamó en 1926 al Ayuntamiento un plan de obras para solventar las principales carencias urbanas. También fue significativo que, dentro de un capítulo importante del Presupuesto extraordinario municipal para la realización del plan de obras conexas a la Exposición Ibero-Americana de 1926, se destinase subvención para la construcción de hoteles. La política municipal al respecto consideró que podían reconvertirse en viviendas una vez acabase el certamen, paliando así la escasez de habitaciones en la ciudad al tiempo que cubrían la demanda de alojamiento durante la Exposición. Una ayuda que se destinó a nuevos edificios, a reformar otros existentes y a la construcción de viviendas en Ciudad Jardín y en Heliópolis, que ya contaban con subvención estatal (Rodríguez Bernal, 2006:199).

De entre todos estos establecimientos, resultan de especial interés los que se construyeron fuera del casco histórico, ocupando grandes manzanas en el borde urbano bajo la influencia del evento, o incluso más alejadas, funcionando como

piezas bisagra de la futura Sevilla: los Hoteles Alfonso XIII, América Palace, Cristina, Majestic, Palace Eritaña (fig. 01). Un discurso a parte se dedicará a los conjuntos de viviendas de Ciudad Jardín La Esperanza y Hoteles Guadalquivir.

En este sentido, no fue extraño que en la articulación urbana de la Puerta de Jerez (fig.02), se emplazase el Gran Hotel Alfonso XIII, uno de los más emblemáticos (ABC, 1928) y que reflejó la preocupación por dotar a la ciudad de infraestructuras análogas a las de otras regiones afectadas por el fenómeno del turismo. Fue el Comité Ejecutivo el que impulsó su construcción en los antiguos jardines de Eslava, un lugar privilegiado cedido por el Ayuntamiento (Rodríguez Bernal, 2006:93). Obra del arquitecto sevillano José Espiau Muñoz ocupando una manzana, el hotel se alineaba, estilísticamente hablando, con las pretensiones del Conde de Urbina que insistió en dotar al evento sevillano de una arquitectura típica que se hallase «(...) en armonía con el clima, las costumbres (...) el estilo y la manera de sus monumentos» (Trillo de Leyva, 1997:III 23).

Siguiendo esas directrices, el Gran Hotel Alfonso XIII adoptó un lenguaje neo-mudéjar en sus fachadas y en el interior del edificio (Gámiz Gordo, 2012), estructurando sus habitaciones y espacios colectivos a través de un corredor central que seguía un esquema de distribución alrededor de un patio porticado. Concebido como un gran palacio (fig. 03), su configuración arquitectónica no se redujo a satisfacer los gustos de su clientela. Su localización exenta, ocupando una manzana urbana, respondió a la necesidad de hacer visible el edificio en la ciudad para convertirse en referente arquitectónico y del espacio urbano (Guyer, 1874). Un punto focal cuya visibilidad intensificaba la exclusividad de su uso.

En los extremos del mismo eje Puerta de Jerez – Calle San Fernando – Prado de San Sebastián el Ayuntamiento enajena a un precio muy por debajo del valor de mercado dos parcelas para la construcción de establecimientos hoteleros, dando lugar al Hotel Cristina, con 456 habitaciones y 100 cuartos de baños, y al Hotel América Palace, que contará también con una ayuda a fondo perdido del Ayuntamiento, con 639 habitaciones de segunda categoría. El primero de estos hoteles, obra del arquitecto López de Otero, no solo construyó la imagen de la ciudad, como un lienzo expuesto para la orilla opuesta del río Guadalquivir, sino que además organizó esa fragmento de la ciudad para aquellos crecimientos urbanos previstos en esa margen del río. Muchos de ellos impulsados en la efervescencia de la Exposición y que fueron impulsados por la administración pública a través de infraestructuras como el puente de San Telmo en 1931 o por la actual Avenida de la República Argentina (Vázquez Orellana, 1999).

El Hotel Cristina, completando una gran manzana urbana cerrada a través de tres alas dispuestas en forma de U, se diseñó con base en una seriación lineal de habitaciones dispuestas a ambos lados de un corredor central que atravesaba longitudinalmente el edificio. Con su fachada neocolonial y Art Decó, López de Otero definió un edificio ajeno al regionalismo imperante, llegando a converger

con las inquietudes estilísticas planteadas por el arquitecto Gabriel Lupiáñez en el Hotel Palace Eritaña. Sin embargo, los intereses especulativos propiciaron el derribo del Hotel Cristina en los años 60s y su posterior reconstrucción parcial como edificio de viviendas. Un cambio funcional que se había venido produciendo desde el final del evento internacional, cuando se redujo el número de habitaciones a 116, destinando las restantes a residencias particulares.

Por su parte, el Hotel América Palace se ubicó en la entrada de la Exposición, próximo a la intersección de las actuales Avenidas Menéndez Pelayo y de Málaga. Una posición donde se enlazaba la ciudad nueva del 29 con el perímetro histórico de Sevilla, estructurado sobre la cicatriz que fue dejando la ronda de su muralla almohade. Sus 639 habitaciones, repartidas en cinco alturas, se organizaban en torno a un distribuidor que bordeaba un gran patio hexagonal. Proyectado por el arquitecto malagueño Fernando Guerrero Strachan, el hotel se concibió como un hospedaje de segunda categoría que, al mismo tiempo, debía reconfigurarse para albergar ochenta viviendas una vez finalizase la Exposición. Función que sigue desempeñando en la actualidad.

El Hotel Palace Eritaña, en el extremo sur del Parque de María Luisa y próximo al eje de la Avenida de la Reina Victoria, también percibió subvención pública. Y aunque fue proyectado para alojar a los visitantes de la Exposición, nunca llegó a desempeñar esa función. Paradigma del primer racionalismo en Sevilla, este hotel asumió los valores de la arquitectura moderna (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, 2017) y, junto algunos pabellones comerciales menores, es uno de los pocos edificios que utilizó un lenguaje alejado del regionalismo (Jiménez Ramón, 2003). Una posición de ruptura que fue ejecutada por el arquitecto Gabriel Lupiáñez a través del uso de un lenguaje que hacía reconocible su contemporaneidad sin perder por completo las referencias a la tradición arquitectónica (Jiménez Ramón, 2001).

El Hotel Palace Eritaña entroncaba así con algunas propuestas elaboradas por una joven generación de arquitectos franceses, fuertemente influenciados por el expresionismo europeo, y que estaba abordando la conceptualización de la arquitectura hotelera desde esa misma visión renovada (Jiménez y Vargas, 2017:255). Modelos con una vocación revisionista de la arquitectura dedicada al ocio y al tiempo libre que respondió al inmovilismo que representaba el historicismo arquitectónico del Palace Hotel (Jiménez, 2014). De hecho, el Eritaña ejemplificó la traslación de estas propuestas al contexto urbano de Sevilla. Con 168 habitaciones de primera categoría y 270 de segunda, y una amplia terraza sobre el Parque María Luisa y la Plaza de América, el hotel también se reconvirtió en viviendas al finalizar la Exposición. Aunque su destino final fue, a partir de 1933, para Comandancia y acuartelamiento de la Guardia Civil.

En la plaza del Sacrificio del barrio de Nervión emerge otro hotel emblemático, el Gran Garaje Hotel de José Espiau Muñoz, con un lenguaje regionalis-

ta aunque con un programa rompedor para aquella época, con la tipología de los hoteles de carretera más contemporáneos. Los clientes fueron familias que se desplazaban en coche rumbo a la Exposición, trayendo a la familia y al servicio. La planta baja se destinaba por lo tanto al parking de vehículos, y las plantas superiores a las habitaciones, apartamentos y habitaciones para la servidumbre (Villar Movellán 1979:366; Villar Movellán, 1985). Este proyecto no contó con ayudas municipales, y su emplazamiento, alejado tanto de la ciudad histórica como de la localización del certamen, quedó justificada por su singular tipología así como por el interés por distribuir los hoteles por toda la ciudad (Valenzuela Montalvo, 2015). Diseñado en tres cuerpos de estilos independientes, destaca el edificio principal con un tratamiento palaciego en dos niveles rematado por un ático, con un portal coronado por un balcón de memoria barroca. El edificio no tardó en destinarse a casa cuartel de la Guardia Civil, para después ser sede del Centro de Formación Integral para la ONCE (Domínguez Arjona, 2005).

La ciudad futura: crecimiento urbano en el sector sur y sureste.

Si la promoción hotelera se utilizó como herramienta de articulación entre la ciudad vieja y la ciudad, de igual manera se instrumentalizó para consolidar la ciudad futura. Su arquitectura se utilizó para impulsar los nuevos espacios de representación del poder político y económico, así como atractivo para identificar este sector de la ciudad con los gustos y la distinción de las clases sociales dominantes. Razón que incrementó el interés de inversión económica privada, revalorizando los terrenos anexos al recinto de la Exposición y la promoción de nuevos barrios para la élite local sevillana. El resultado de este proceso fue el desplazamiento de la centralidad urbana hacia el sur y el sureste y la consecuente localización de las mayores rentas del suelo en torno a la Avenida de la Reina Victoria, eje sobre el que se estructuró la Exposición.

Así, y bajo el control directo del Estado desde 1925, la Exposición Ibero-Americana sirvió para que el Ayuntamiento impulsase una reforma urbana que, hasta entonces, había sido imposible de acometer. Además de las mejoras en la ciudad consolidada, hubo que planificar la Sevilla futura, que gravitaba en torno al recinto del certamen, pero que siguió también las lógicas de la ocupación de la periferia de la ciudad, y que González Cordon (1981) definió como “tercera Sevilla”. En ella destacan dos ciudades satélites, que aprovecharon las concesiones especiales que rodeaban la Exposición para ofrecer hospedaje a los turistas, pero construidas con la intención de destinarse a viviendas al finalizar el evento. Solo así se puede entender el número de alojamientos proyectados, y que no fueron totalmente ocupados debido a la escasa afluencia de visitantes.

Tal fue el caso del ensanche Este sobre los terrenos propiedad del Marqués

de Nervión, fundador de la Sociedad Urbanización y Construcciones S.A. Sobre todo a partir de la apertura de las avenidas de la Borbolla y Manuel Siurot, que limitaban el recinto de la exposición al Este, y por la construcción de la Ciudad Jardín de la Esperanza. La Sociedad del Marqués la promueve en los terrenos de Maestrescuela que fueron planificados en 1911 por Aníbal González y donde se materializó una forma inédita de hacer ciudad, a partir de un esquema radio-céntrico incompleto y crecimiento urbano en baja densidad. Rasgos que fueron convergentes con los modelos urbanos que esbozó Ebenezer Howard en 1898 y que abrieron una vía en el urbanismo sevillano del siglo XX para solventar los problemas de hacinamiento e insalubridad en la ciudad. Y aunque se aseguró de disponer de jardín propio para sus 1.374 viviendas, el ávido consumo de suelo que promovía este modelo urbano claudicó ante la posibilidad de rentabilizar el suelo a través de la promoción de grandes bloques residenciales colectivos.

Otro proyecto similar fue promovido por la Sociedad Cooperativa Inmobiliaria de España S.A. en la prolongación de la avenida de la Reina Victoria y la avenida de la Raza, conocido como Sector Sur. Una pequeña ciudad moderna, los Hotelitos del Guadalquivir (fig. 04), de 391 viviendas con la capacidad para albergar a 5.000 personas y donde se utilizó cuatro tipologías básicas de casas-jardín acompañadas por diversos equipamientos públicos (Assassin, 1992). Su promoción, al igual que la de Ciudad Jardín de la Esperanza, recibió ayudas del presupuesto extraordinario municipal por un importe de 1.500.000 pesetas para cada una, muy superiores a las ayuda concedida a los hoteles. Siempre bajo la condición de ofrecer las viviendas a modo de alojamientos hoteleros durante la exposición. Obligación de la que fueron liberadas las dos promotoras, por Real Decreto de 13 de noviembre de 1929, debido a la poca afluencia de visitantes y que les permitió, a su vez, adjudicar las viviendas a particulares.

En cualquier caso, la construcción de los Hotelitos del Guadalquivir sentó las bases urbanística del actual barrio de Heliópolis y ejemplificó, como ningún otro, el proceso radical de transformación urbana que impulsó la Exposición del 29, incentivando la expansión de la ciudad hacia el sur y el sureste a través de la incorporación de terrenos que, hasta esa fecha, había carecido de valor alguno.

Conclusiones.

Una vez cerrada la Exposición en 1930 empezó una etapa de balance. «(...) Unos entendían la exhibición en sus resultados positivos como un logro invaluable que debió rentabilizarse para bien de Sevilla; y, otros, una obra estéril, un fracaso y la causante de la ruina del municipio, de la parálisis de los negocios y del malestar de la población, hacinadas en arrabales y sumidas en el paro y la miseria» (s.a., 1987). Que duda cabe que la Exposición Ibero-Americana erró en

sus previsiones de visitantes. Pero, aún así supuso un revulsivo para la ciudad, y una renovación por entero de su planta hotelera. El Ayuntamiento aportó 3,993 millones de pesetas en subvenciones repartidas entre varios proyectos hoteleros, tal y como el América Palace, Gran Hotel Alfonso XIII o el Hotel Cristina, y la promoción, en los confines del recinto expositivo, de la Ciudad Jardín de la Esperanza y los Hoteles del Guadalquivir. A este importe habría que añadirle la enajenación de las parcelas sobre las cuales se construyen los Hoteles Cristina y América Palace, y otras partidas destinadas a finalizar el Hotel Alfonso XIII.

En este contexto se entiende el papel que desempeñaron los Palace Hotel, casi todos ellos promovidos con ayudas a cargo del presupuesto extraordinario municipal de 1926, con el fin de incentivar la inversión privada y, finalmente, el incremento de inmuebles residenciales en la ciudad.

Apoyándose en dinámicas con base en el turismo y en el consumo banal de las élites sociales que ya se había experimentado en el resto de Europa, el Gran Hotel Alfonso XIII, por ejemplo, ejerció de catalizador del nuevo eje financiero sevillano, en la operación urbana que enlazó la Avenida de la Constitución y la expansión al sur de la ciudad sobre los terrenos de la Exposición Ibero-Americana. Por su parte, la promoción de hoteles como el Palace Eritaña, Cristina o el América Palace, se condicionó a su posterior adecuación a viviendas colectivas, consiguiendo así consolidar una estructura social predefinida para una zona de la ciudad, generalmente del interés de la burguesía, que igualmente terminaba incentivando la inversión de capital inmobiliario privado para los ensanches.

Las promociones de viviendas-satélite también ocupó un capítulo interesante en la oferta hotelera de la Exposición. Aunque a pesar de las grandes ayudas estatales y locales que percibieron sus promotoras, nunca llegaron a ser útiles a las necesidades sobredimensionadas del evento, sino para la general demanda de viviendas en la ciudad. Su emplazamiento alejado del centro urbano consolidado, más evidente en el proyecto de la Ciudad Jardín que en los Hotelitos del Guadalquivir, sirvió también como estrategia para revalorizar rápidamente los terrenos intermedios, creando así mayores plusvalías para los propietarios.

Un balance de la promoción hotelera muestra que, de todas las instalaciones proyectadas fuera de la ciudad histórica, únicamente el Gran Hotel Alfonso XIII mantuvo su actividad una vez pasada la euforia del evento. El Cristina y el América Palace redujeron el número de habitaciones el mismo año 1929, para luego destinarse a viviendas permanentes. Por su parte, el Palace Eritaña nunca llegó a inaugurarse y se destinó a albergar, rápidamente, la comandancia de la Guardia Civil. Las ciudades-satélites de Ciudad Jardín y Hotelitos del Guadalquivir funcionaron solo parcialmente como establecimientos hoteleros. También el Gran Garaje Hotel, pese a readecuarse a las necesidades de la ciudad, no se mantuvo en funcionamiento. Mención a parte merecerían los establecimientos existentes o de nueva planta en el interior de la ciudad, como el Majestic, Nuevo

Suizo, Bristol o el Savoy, entre otros, que recibieron ayudas municipales y que perduraron a la clausura del evento. Si la realidad histórica de comienzo de los años 30 influyó seguramente en este resultado, hay que cuestionar si la ciudad, pese al impulso generado por la Exposición Ibero-Americana, estaba preparada para transformarse en un atractivo turístico global, y si los esfuerzos del Ayuntamiento y del Comité Ejecutivo se habían planteado este reto.

Referencias.

Assassin, S. (1992). *Séville L'Exposition Ibéro-Américaine 1929-1930*. París: Norma.

Domínguez Arjona, J. (2005). El Gran Garaje Hotel. Recuperado del 7 de Diciembre 2017, de: <http://www.galeon.com/juliodominguez/2005/fato.html>

Gámiz Gordo, A. (2012). José Espiau y Muñoz y el concurso del hotel Alfonso XIII en Sevilla. *En Concursos de arquitectura, XIV Congreso Internacional de Expresión Gráfica Arquitectónica* (pp. 111-118). Valladolid: Universidad de Valladolid, Servicio de Publicaciones. Recuperado de: https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/25581/file_1.pdf?sequence=1&isAllowed=y

González Cordón, A. (1981). *Sevilla 1849-1929. Arquitectura y ciudad. La vivienda obrera y lo urbano en la formación de la ciudad contemporánea* (Tesis doctoral).

Guyer, E. (1874). *Das Hotelwesen der Gegenwart*. Zurich: Orell Füssli & Co.

Hoteles y pensiones de la Plaza Nueva. (2007, December 2). *Diario de Sevilla*. Recuperado de: http://www.diariodesevilla.es/ocio/Hoteles-pensiones-Plaza-Nueva_0_100791809.html

Hotel Madrid, símbolo de una época. (2008, October 5). *Diario de Sevilla*. Recuperado de: http://www.diariodesevilla.es/sevilla/Hotel-Madrid-simbolo-epoca_0_192880870.html

Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (2017). Patrimonio inmueble de Andalucía: Hotel Palace Eritaña. Recuperado el 10 de Noviembre 2017, de <http://www.iaph.es/patrimonio-inmueble-andalucia/resumen.do?id=i21957>

Jiménez Morales, E. y Vargas Díaz, I. C. (2017). Hoteles y sanatorios. Influencia de la tuberculosis en la arquitectura del turismo de masas. *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*. 24(1), pp. 249-266. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/hcsm/v24n1/0104-5970-hcsm-24-1-0243.pdf>

Jiménez Morales, E. (2014). *El hotel turístico. Viaje a los orígenes de su arquitectura, 1693-1932* (Tesis doctoral). Recuperado de: <https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/8067>

Jiménez Ramón, J. M. (2001). *Cuatro ensayos en torno a la arquitectura racionalista en Sevilla*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones.

Jiménez Ramón, J. M. (2003). Los locales comerciales, una de las vías de introducción de la arquitectura moderna en nuestra ciudad. In *Arquitectura del Racionalismo en Sevilla. Inicios y Continuidades* (pp. 74–96). Sevilla: Colegio Oficial de Arquitectos de Sevilla.

s.a. (1987) *La Exposición Iberoamericana de 1929. Fondos de la Hemeroteca Municipal de Sevilla*. Sevilla: Obra Cultural Monte Piedad y C. Ahorros Sevilla.

Rodríguez Bernal, E. (2006). *La Exposición Ibero-Americana de Sevilla*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla. Instituto de la Cultura y las Artes.

Salas, N. (2004). *Sevilla en tiempos de la Exposición Iberoamericana. 1905-1930 La ciudad del Siglo XX*. Sevilla: rd editores.

Toulier, B. (1993). L'architecture des bains de mer: un patrimoine marginalisé. *Revue de l'art*, (101), 29-40. Recuperado de: http://www.persee.fr/doc/rvar-t_0035-1326_1993_num_101_1_348055

Trillo de Leyva, M. (1977). Sevilla: 1909-1930. *La Exposición Ibero-Americana y las obras conexas* (Tesis doctoral). Recuperado de: <http://fondosdigitales.us.es/tesis/tesis/2140/sevilla-1909-1930-la-exposicion-ibero-americana-y-las-obras-conexas/>

Trillo de Leyva, M. (1980). *La exposición iberoamericana. La transformación urbana de Sevilla*. Sevilla: Servicio de Publicaciones Excmo. Ayto. de Sevilla.

Saudan, M., Blanc, Y. y Saudan Skira, S. (1985). *De l'Hôtel-Palais en Riviera*. Geneve: Editions Le Septième Fou.

Valenzuela Montalvo, E. M. (2015). *Empresas constructoras en torno a la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929* (Tesis doctoral).

Vázquez Orellana, R. (1999). El Puente de San Telmo. En Alonso Franco (Autor). *Los puentes sobre el Guadalquivir en Sevilla*. Sevilla: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Villar Lama, A. (2017). Reconstruir la historia del turismo a través de la prensa: la evolución del espacio turístico de Sevilla (1915-2015). *Cuadernos Geográficos* 56(1), pp. 290-321. Recuperado de: revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/download/4714/5319

Villar Movellán, A. (1979). *La arquitectura del regionalismo en Sevilla, 1900-1935*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.

Villar Movellán, A. (1985). *Arquitecto Espiau (1879-1938)*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.